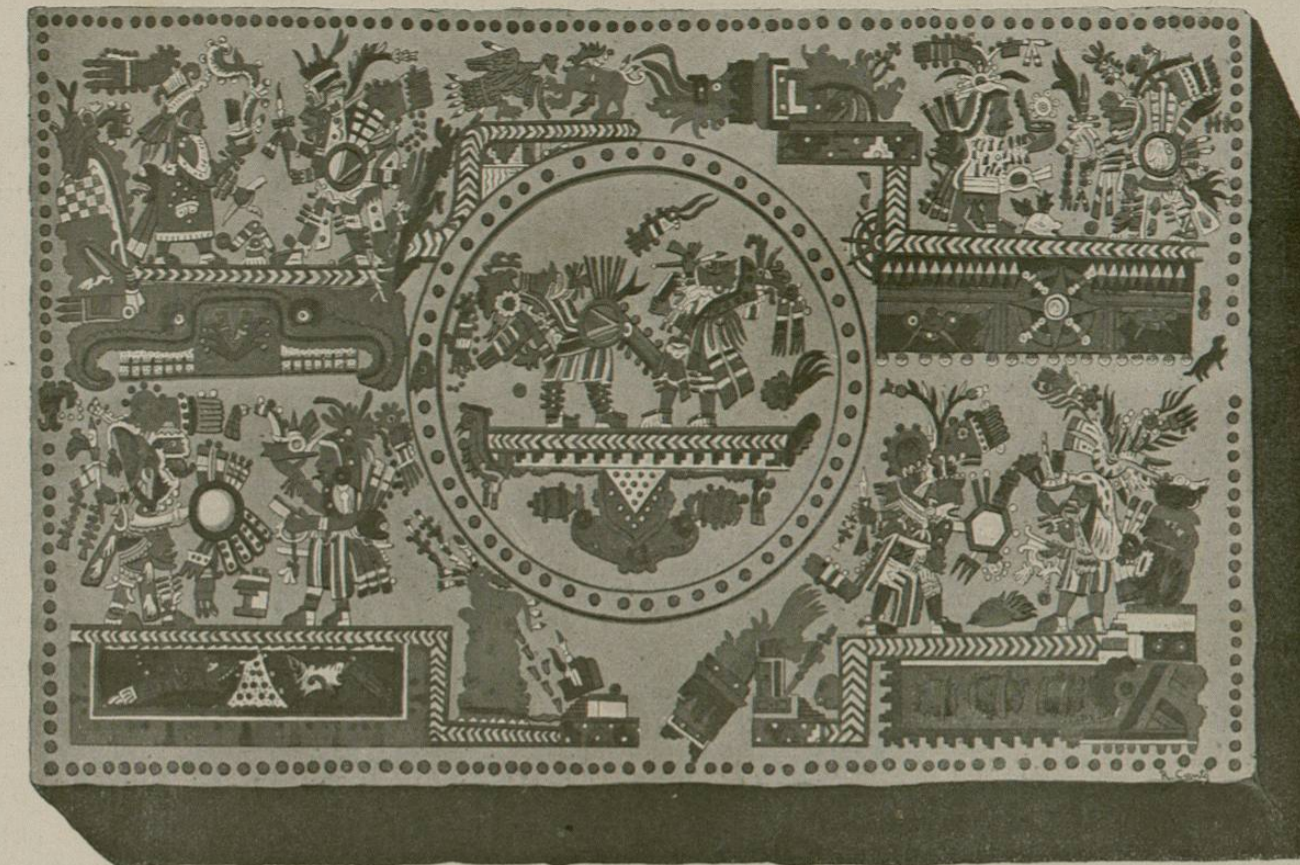


escritura propiamente dicha en la humanidad. Aplicaron la experiencia á los viajes, á las enfermedades, al conocimiento de los efectos de las plantas en el organismo, á la historia que consideraban sagrada. Levantaron en sus ciudades, compuestas de habitaciones ligeras, cubiertas de palma, monumentos grandiosos, sobre pirámides por regla general, destinados á la habitación del rey-pontífice ó del rey-guerrero, á la de sus mujeres, á la de los dioses. Estos monumentos, obra, por regla general, de diversas épocas, tienen formas y aspectos extraordinarios; su arquitectura era simple, rudimentaria, caracterizada, fuera del tipo monticular, por la forma truncangular de las bóvedas, lo mismo en Palenke que en Chichén ó Uxmal; pero lo que en ella llama más la atención es la sobriedad de la decoración de los interiores (en Yucatán, en la tierra kiché, mejor distribuída y más pobre) y la profusión y exuberancia de la ornamentación exterior, sobre todo en los frisos. Las esculturas, monolitos, estatuas, relieves; las pinturas, aun vivas algunas; las inscripciones, cuajaban estos admirables monumentos, que son el índice de la vida de una civilización de extraordinaria vivacidad.

La falta de animales domésticos, de trabajo y de carga, fué la gran rémora para el desenvolvimiento pleno de las culturas americanas; si los hubiese habido, probablemente el antropofagismo habría acabado por desaparecer, aun en su forma religiosa de comunión sagrada. Mas entre los americanos no hubo edad pastoral, y la transición se verificó del estado de pueblo cazador y pescador al agricultor. Su agricultura y su industria exigieron esclavos, que fueron numerosos; pero los grupos de hombres libres vivían sometidos á códigos severísimos que les imponían el respeto á la religión, primero, al batab ó cacique y á sus agentes después; á la familia, á la propiedad y á la vida; sin embargo, los mayas practicaban mucho el suicidio. La propiedad rural, como en toda la América pre-colombiana, era comunal; el producto se distribuía proporcionalmente.

Hijo de dios, y dios frecuentemente, el cacique era dueño de todo; su tiranía patriarcal era incontestada; disponía de ejércitos organizados; sus guerras eran incesantes. Si el americano hubiese conocido el uso del hierro (poco usaba el cobre y se adornaba con el oro y la plata), los españoles no hubiesen podido quizás conquistar los imperios aquí establecidos. Sus armas ingeniosas, las defensas individuales ó colectivas bien organizadas, bastaron para hacerles ostentar su heroísmo á veces, mas no podían darles nunca la victoria.

No iremos adelante; tendríamos que recorrer minuciosamente todos los aspectos de la actividad humana, intelectual, moral, económica y artística, para dejar demostrada una verdad que conocen cuantos han fijado su atención en los pueblos que colonizaron las regiones ístmicas al Sur de la altiplanicie mexicana: fueron autores de una civilización cimentada sobre las necesidades del medio y del carácter, pero de aspectos interesantes todos y grandiosos muchos, los grupos comprendidos bajo la denominación de maya-kichés; esa fué la *civilización del Sur*.



Parte superior de la piedra policroma del sacrificio gladiatorio

CAPÍTULO II

ABORÍGENES EN LA ALTIPLANICIE. ULMECAS Y SHICALANCAS. LOS NAHOAS:
TOLTECAS, SU HISTORIA, SU CULTURA. LAS INVASIONES BÁRBARAS: CHICHIMECAS. CONTACTO ÍNTIMO
DE LOS TOLTECAS Y LOS MAYA-KICHÉS. LOS HEREDEROS DE LA CULTURA TOLTECA: ACOLHUAS; AZTECAS.
LAS CIVILIZACIONES INTERMEDIAS: TZAPOTECAS; MECHUACANOS. EL IMPERIO MESHICA
EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVI

Los aborígenes, á quienes los nahoas inmigrantes dieron el nombre de *otomka* ú *otomés*, ocupaban de tiempo inmemorial la cuenca del Atoyac desde el Zahuapán hasta el Mexcala, los países en que se da el *mell* (maguey), y probablemente las comarcas occidentales, en que también es conocida esta planta, de que sabían extraer el jugo embriagante, y en donde recibieron el nombre de *meca*. En su primera acepción, la palabra *chichimeca*, aplicada por los nahoas á los que no consideraban de su raza, á los bárbaros, significaba «la madre de los mecas» ó la tribu de quien las otras vinieron, según una lectura del eminente historiador Alfredo Chavero.

No es posible precisar los contornos de ninguno de los grupos primitivos en la bruma crepuscular de nuestra vetusta historia; de la conjugación de las crónicas, que á veces consignan tradiciones contradictorias, por lo mal comprendidas quizás, y de los monumentos ó de lo que en ellos puede rastrearse, y procurando sortear el tremendo escollo de las interpolaciones hechas de buena fe por los frailes con objeto de demostrar la revelación primitiva, se llega á bien modestos resultados conjeturales sobre los orígenes de la civilización que se desarrolló con majestad trágica en la altiplanicie mexicana.

Dicen los relatos que más dignos de fe parecen que los *ulmecas* y *shicalancas* (1), subiendo del oriente (*tamoan-chan*) á la Altiplanicie, vencieron á los gigantes (*quinamés*) y dejaron su paso sembrado de construcciones monticulares ó piramidales, desde la cuenca del Pánuco hasta las llanuras elevadas de la mesa en que erigieron las de Chololan y Teotihuacán. Estos *ulmecas*, como los bautizaron los *nahoas*, son *mound-builders*, en opinión nuestra, que viniendo de Tejas fueron diseminándose por las costas del Golfo y subieron lentamente á la Altiplanicie, donde fundaron una civilización teocrática en la que representa análogo papel á los de Votan é Itzamná, Shelua, el constructor del gigantesco *homul* de Cholula, que es tres veces



D. Alfredo Chavero

más bajo que la pirámide de Khufu, pero mucho mayor en su base. Sus congéneres, los *shicalancas*, como los *nahoas* decían, penetran y refuerzan la cultura de los *kichés* y se mezclan profundamente á la de los mayas con el nombre de *tutulshúes*. Lo que parece también seguro es que estos primitivos civilizadores mantuvieron su contacto con la civilización del Sur, y los idólos de Teotihuacán, por ejemplo, lo revelan por sus tocados y sus tipos.

Los nahoas.— Por una transformación climatérica acaso, ó tal vez por la tala desenfadada de los bosques en las cuencas del Gila, del Colorado y del Bravo, en los tiempos prehistóricos americanos, la región sud-occidental de los Estados Unidos se convirtió en desierto inmenso, fué lo que es, *el país de la sed*. Lluvias escasas, que bebe instantáneamente un insondable suelo poroso, lechos de ríos muertos, montes pelados,

rocas y grutas por dondequiera. A medida que la desolación avanzó, los habitantes ó morían ó huían, y la comarca, densísimamente poblada, como lo demuestran innumerables vestigios de habitaciones y prodigiosas cantidades de alfarería, se vació sobre las tierras fluviales de los *mound-builders* ó bajó al Sur, arrollándolo todo á su paso.

Entre estos emigrantes venían los grupos broncos y feroces que formaron parte del mundo chichimeca y los *nahoas*. Éstos, según rezaban sus tradiciones, no eran nómades; vivían en un país risueño y cultivado, *la antigua Tlapalan* (¿en las márgenes del Yaqui y del Mayo?),

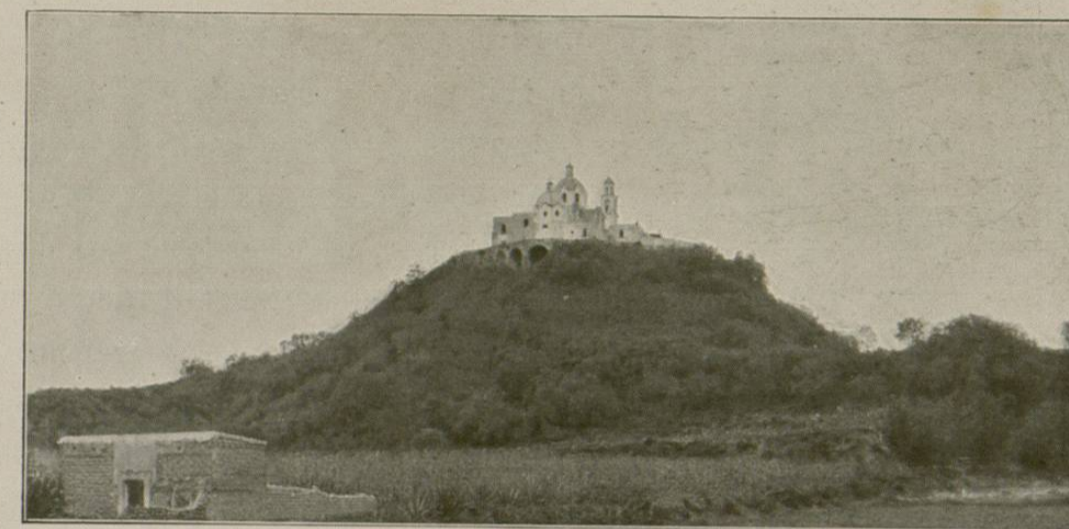
(1) Como ha cambiado el antiguo sonido de la *x*, pues hoy se lee como *j*, no debe emplearse ya en transcripción de los vocablos indígenas; por eso nosotros solemos escribir en su lugar *sh*.

y de allí descendieron al Sur. Los *nahoas* subieron por el lado del Pacífico á la Altiplanicie, lucharon con los aborígenes (al grado de que una de sus tribus, *los colhuas*, se apoderó de la capital de los otomíes, Manhemi) y se tropezaron con los representantes de la civilización del Sur, de la que fueron alumnos.

Una selecta tribu *nahoa*, más bien sacerdotal que guerrera, siguió la emigración general y siempre arrimándose al Océano Pacífico llegó á las costas meridionales del Michoacán actual. Siguiendo la voz de sus dioses, de sus sacerdotes, subió á la Mesa central y tras larga y trabajosa peregrinación llegó á las riberas del Pánuco; allí estableció su santuario, allí creció y entró en íntima relación con la cultura del Sur en la Huasteca, colonizada antaño por los mayas (vestigio del reflujo de la civilización meridional hacia el Norte). Luego remontando la cuenca del Pánuco se hizo ceder por sus congéneres los *colhuas* la antigua capital de los otomíes y le puso por nombre «la ciudad de las espadañas ó tulares, Tol-lan,» Tula decimos nosotros.

Los de Tol-lan se llamaron desde entonces *toltecatl*, y luego *tolteca* significó artífice, ilustre, sabio.

Los cronistas indígenas ó españoles han enmarañado por tal extremo la historia y el simbolismo mítico de este grupo, interesantísimo entre



Pirámide de Cholula (estado actual)

los que llegaron á una cultura superior en América, que es casi imposible obtener sino una verdad fragmentaria. Su historia parece tener un período de expansión: los toltecas dominan, además del valle feraz de Tula, buena parte del valle de México y del de Puebla; conquistan los santuarios piramidales de Teotihuacán, en donde establecen su ciudad sagrada, dedicando las principales pirámides al Sol y á la Luna, y el de Cholula, cuyo *homul* queda consagrado al culto de la estrella de Venus ó *Quetzal-coatl*. El segundo período es el de la concentración: llega entonces á su apogeo la cultura de los *nahoas*. Parece que en uno de los santuarios de la estrella *Quetzal-coatl*, en Tula la Pequeña (Tulancingo) se había elaborado un culto moralmente superior á los cruentísimos ritos que el culto de la Luna (*Tetzcatlipoca*) exigía; el sacrificio humano, resto del primitivo canibalismo de los pueblos sometidos á largos períodos de hambre, era el sacrificio supremo; se dice que los adoradores de *Quetzal-coatl* lo rechazaban, y eran éstos tan renombrados por sus conocimientos astrológicos y por su habilidad en las industrias y lo acertado de sus consejos á los agricultores, como que conocían el cielo, que en la misma Tol-lan tenían partidarios. La casta guerrera, de la que los *nahoas-colhuas* formaban acaso la porción más activa, había reinado hasta entonces; un día, por una suerte de reacción nacional, se encumbra al trono el sumo sacerdote de *Quetzal-coatl* en Tolantzinco. Esto, según los cronógrafos, pasaba al comenzar el siglo IX ó X. El pontífice-rey tomó el nombre de su divi-